





Una peregrina en la academia

Los pasos de la Doctora Mayra Luz Pérez Díaz en la UCA

Por Claudia Rivera *

Cuando Mayra Luz Pérez Díaz decidió ingresar a la Universidad Centroamericana a los dieciocho años, no sabía que se quedaría por casi una vida. Tampoco imaginó que estaría al mando de la Rectoría de este centro de estudios, convirtiéndose en la primera mujer en asumir tan importante cargo. Nada mal para una muchacha que sólo quería estudiar Filosofía y Letras para transmitir sus conocimientos a otras personas.

De padre militar y una ama de casa, nació en la vieja Managua siendo la mayor de cinco hermanos a los que lleva tiempo sin ver juntos, ya que sólo dos viven en Nicaragua. “Es una manifestación más de la realidad nicaragüense”, señala con resignación la Rectora, quien se bachilleró en el colegio Divina Pastora, ubicado en la Calle 15 de Septiembre y que al igual que su casa de la infancia, sólo permanece en sus recuerdos ya que sucumbió ante el terremoto de 1972.

Aunque la docencia y la investigación eran su norte, también tenía claro que la licenciatura no sería su último peldaño. Quería un doctorado. Como decisión personal gestionó una beca y recién se quitó la toga y el birrete, se enrumbo hacia España donde por cuatro años estudió un doctorado en Filología Románica, en la Universidad Complutense de Madrid. Una decisión poco usual para una profesional de la época y, sobre todo, para una mujer, lo que demuestra su talante.

Y si ya cursar un doctorado es una carga seria, realizar un posgrado de forma paralela, duplica la proeza. Con una capacidad digna de envidia, pero de la buena, Mayra Luz pasaba de las letras a las imágenes en movimiento, ya que durante la misma época realizó estudios en Cinematografía en la Universidad de Valladolid, España, un reto del que pocas personas podrán jactarse. Otro sello digno de su nombre.

Durante este periodo, el apoyo de su familia fue fundamental, ya que al final fueron sus padres quienes le permitieron regresar a Nicaragua con tesis concluida y título en mano. “Nunca pensé regresar si no hubiese concluido los estudios que había comenzado”, enfatiza.

De esa ardua época recuerda un lado amable: viajar por esos lugares sobre los que alguna vez leyó, como Grecia e Italia. “Salir fuera del país tuvo una perspectiva cultural, ya que cuando tenía oportunidad escogía visitar lugares que podían aportar a mi formación. Por ejemplo, el Partenón, que había estudiado durante la carrera, el estar ahí y verlo en su esplendor, era invaluable para mí”, comenta Mayra Luz quien refiere que desde siempre tuvo una gran disposición por la lectura, la estética y las inquietudes humanistas vinculadas al arte.

A su regreso a Nicaragua volvió a integrarse a la UCA, pero esta vez como profesora. Recuerda la UCA de entonces como una universidad

joven, mucho más pequeña, con menos ofertas académicas, pero con un buen número de jesuitas y profesores extranjeros que le daban una relevancia única. Confiesa que ingresó a la UCA sin conocer mucho de la Compañía de Jesús y que fue, ya en las aulas y en sus pasillos, que comenzó a sentir esa mística que le marcaría de por vida y que tomó básicamente de sus maestros.

Ella ha visto pasar más de cuarenta años de su vida en este centro universitario que de seguro le guarda más de un secreto en su largo camino. Cuenta que su interés inicial era dedicarse de manera exclusiva a la formación de los jóvenes y dar sus aportes en el campo de la investigación, meta que cumplió por varios años hasta que se incorporó a la dirección de la universidad como Secretaria General en el período del Padre César Jerez y luego como Vice Rectora Académica, Vice Rectora General, hasta ocupar el cargo de Rectora.

En este mismo centro también ejerce profesionalmente, desde el Instituto de Educación (IDEUCA), su esposo y padre de sus dos hijos, el doctor en Educación Rafael Lucio Gil, de manera que la UCA es un lugar donde también se han hilado caminos emocionales de su existencia. "Mi vida profesional y personal está íntimamente vinculada a la Universidad Centroamericana", señala.

Los jesuitas en su destino

De sus años de formación, lo que más le sorprende son las conexiones invisibles que se tejieron en su camino. "Fue una época importante, pero lo que me parece especial es que cuando opté por los estudios de Cinematografía, que eran de muy alta calidad, la persona que coordinaba esos estudios era un jesuita, Carlos María Staehlin. Pero, además, había otros jesuitas que impartían

algunas asignaturas como Pedro Miguel Lamet, quien contribuyó a darle sello a esos estudios, de manera que sin habérmelo propuesto, la Compañía de Jesús seguía en mi destino", dice sonriente.

"Sin duda tuve una formación privilegiada. Tuve excelentes profesores y eso es una gran satisfacción personal. No sería quien soy si no hubiese tenido los maestros que tuve, esos que de una forma u otra me marcaron siendo estudiante y me heredaron una serie de principios y conocimientos que han sido para mí infinitamente valiosos. Eso, con el sello propio que se inspira en la Compañía de Jesús, han sido determinantes en mi vida".

¿Cuál es el sello de la Compañía de Jesús en su vida?

A mí me ha marcado la profundidad propia de la educación jesuítica, los valores éticos que la acompañan y, por supuesto, la sensibilidad social que se incorpora conformando una especie de triángulo importante que se va reinterpretando según las épocas y las etapas, pero que básicamente sigue constituyendo los mismos principios inalienables que prevalecen hasta hoy y he procurado que sigan vigentes durante mi gestión como Rectora.

¿Cómo ha sido este camino?

Ha sido un camino intenso y gratificante. Un camino que me ha determinado como peregrina. He sido una peregrina dentro de la academia y una aprendiz de cristiana, tomando rasgos propios de San Ignacio de Loyola en ciertos momentos de su vida. Sigo siendo peregrina y sigo siendo aprendiz de cristiana. No he podido entender mi quehacer como Rectora sin la interpretación y la práctica evangélica que he recibido a través de San Ignacio, quien es uno de los personajes históricos que más admiro.

¿Por qué admira tanto a San Ignacio de Loyola? ¿Cuáles son sus enseñanzas?

San Ignacio era un visionario. Sus creencias y conocimientos se adelantaron a su tiempo. No deja de divertirme un poco cuando leo sobre las nuevas propuestas gerenciales de liderazgo, de conformación de equipo y organización que se dicen

de hoy, y que ya él las planteaba hace 500 años. Y no hablo únicamente de propuestas dirigidas a centros educativos, sino también de conceptos para conducir con eficacia instituciones o empresas, animadas por ciertos valores.

La fuerza cohesionadora de los equipos basada en la identidad en la misión, ya era planteada por San Ignacio a los primeros jesuitas. Es un concepto que sigue manteniéndose de manera vigente, algo que he procurado transmitir como condición a los equipos de trabajo de la universidad. La identidad en la misión es fundamental para el desarrollo que nos proponemos como institución educativa y que a la vez, estamos proponiendo para el desarrollo humano de la sociedad por lo cual trabajamos y por lo cual existimos.

¿Es ese sentido místico lo que diferencia a la UCA de otras universidades?

Nosotros tenemos una inspiración ignaciana que nos caracteriza y que además procuramos evidenciar a través de todo lo que tocamos y hacemos, pero que también, procuramos continuar alimentando para seguir conservando esa visión, ese interés, esa voluntad de contribuir a mejorar el mundo.

¿Cuál es el profesional que se busca formar en estas aulas?

Hablamos de una universidad que busca formar personas desde la inteligencia, con sensibilidad ética y pensamiento crítico y cuestionador. Es lo que intentamos transmitir a los estudiantes para que lo preserven en su futuro desempeño como profesionales. Es lo que hacemos. Como se ha señalado, los jesuitas se han caracterizado por ser una orden religiosa que algunas veces ha caminado por encima de ardientes hogueras. El resultado de una interpretación del mundo que se sostiene y se enfrenta a situaciones difíciles y que no siempre tiene aceptación general.

¿Qué tanto le costó apropiarse de esa mística?

Pues la conocí a los dieciocho años, primero como estudiante y después como académica que ha llegado a asumir una alta responsabilidad. Es indudable que todo esto ha sido un

proceso vivencial en el que me he ido formando, no sólo intelectualmente, sino también como persona y como mujer.

¿Su nombramiento como Rectora fue una sorpresa?

En cierto modo sí lo fue, porque conllevó una ruptura con la tradición en el sentido que se trataba de un primer Rector laico que, además, era mujer. No era laico, era laica (!) Y es este segundo factor, posiblemente, lo más inédito de mi nombramiento. Me sentí con una enorme responsabilidad, en una alianza seria con la institución que me estaba dando ese voto de confianza y que además motivó el primer pensamiento cuando entré a mi nueva oficina. En el primer momento de soledad y sintiéndome parte de un ciclo histórico, me dije a mí misma: Esta fue la oficina del Rector-fundador León Pallais. Estoy asumiendo un gran compromiso y he de ser consecuente con mis predecesores, impulsando con su mismo espíritu esta universidad que ha de consolidar con calidad y coherencia su papel histórico en la educación de Nicaragua y de Centroamérica.

¿Y qué recuerda de esos predecesores?

Tuve la enorme satisfacción de trabajar muy de cerca con grandes rectores como César Jerez, quien tenía una personalidad poderosa y valoraba mucho el papel de la universidad en un contexto regional y continental. Con Xabier Gorostiaga, quien como siempre he dicho, me enseñó a ver a Nicaragua en el mundo y no el mundo en Nicaragua. Con Eduardo Valdés, quien con su profundidad espiritual me dio importantes lecciones para vivir la vida. Todo eso me hace sentir privilegiada, como profesional que ha tenido la oportunidad de formarse en los términos en que ha querido y como persona que ha establecido relaciones cercanas con otras muchas de talante intelectual y espiritual muy especial.

¿Y a estos privilegios se puede sumar ser la primera mujer al mando de la UCA?

Si hacemos una suma de todos estos privilegios podría decir que me he adelantado en cierto modo a muchas mujeres que todavía no han podido realizar sus expectativas,

sus esperanzas y sus sueños porque están todavía atadas a los patrones tradicionales y a condiciones de alineación que no han podido trascender. Por eso es que con el tiempo me he vuelto más sensible respecto al tema de las mujeres y en esto contribuyó, de manera inicial, Xabier Gorostiaga, quien me ayudó a valorar esa realidad.

¿Cómo incorpora esa visión de género dentro del quehacer de la universidad?

Creo que es evidente que nuestra universidad ha venido avanzando en términos de equidad en diversos aspectos. En este caso, muchos de los cargos importantes están sostenidos por mujeres; gran parte de nuestro personal está constituido por mujeres y el porcentaje de ingreso femenino a la universidad en relación a la matrícula es importantísimo, pero además tenemos iniciativas y actividades que quieren ir consolidando en términos nacionales el aporte de la UCA a la equidad de género.

¿Cuáles serían esos aportes?

Estamos próximos a implementar las Políticas de Género que siguen la misma línea que la universidad ya ha venido practicando, pero se trata ahora de definir y sistematizar este quehacer y, sobre todo, de preservarlo de manera organizada como parte del patrimonio de la universidad. Esto, en el entendido de que patrimonio es también lo que aprovechamos, lo que recibimos de la universidad para proyectarlo y para contribuir a la transformación de la misma universidad y de la sociedad a la cual sirve. Es un legado dinámico, no es un legado estático. No es la herencia que se guarda, sino la herencia que se transforma y que contribuye al mejoramiento institucional y social.

¿Y cuál es el legado de Mayra Luz?

Quiero pensar que mi legado es el de una universidad en equilibrio. Espero haber podido contribuir desde los cargos de responsabilidad que he tenido y, por supuesto, desde la Rectoría de manera especial, en la consolidación de una universidad donde los equipos y las personas que los sostienen están en sintonía de visiones, de voluntades, a partir de la identidad común. Una universidad en equilibrio porque hemos podido estabilizar, hasta cierto

punto, las exigencias de la academia con el soporte administrativo de manera realista y porque también hemos podido crear los puentes necesarios en el contexto social. Nuestra universidad tiene un reconocimiento amplio, con un modelo de gestión basado en la calidad, la justicia y la equidad. Esta es la UCA de hoy.

¿Y cómo logra ese equilibrio en su vida?

También intento aplicar a mi vida el mismo equilibrio. El mismo pero a la vez distinto. Combinar la apertura a la vida pública con mi privacidad y mi propia personalidad. Suelo decir que continúo siendo la persona tímida e ilusionada que entró por primera vez a la universidad hace más de cuarenta años. Aunque he tenido que relacionarme con mucha gente, sigo siendo esa persona reservada que en la medida de lo posible quiere mantener un espacio propio para sí misma, para la reflexión y para tomar decisiones acertadas porque eso, en el activismo, no se puede conseguir. Al menos no de la manera en que lo deseamos: con responsabilidad y acierto.

¿Cuáles son las claves de su desempeño personal y profesional?

Situar a la familia como el lugar del reposo del guerrero(a); una formación permanente que no concluye; la paz que conlleva la incorporación de los valores éticos que son indisolubles con lo anterior y con ello, la esperanza y la confianza de que estamos contribuyendo en la construcción de un mundo más justo y más humano.

* Egresada de la Maestría en Comunicación y Periodismo II Edición